

FERNANDO VII. UN REY DESEADO Y DETESTADO

FERDINAND VII. A WISHED AND HATED KING

Juan Francisco Fuentes
Universidad Complutense de Madrid

Recensión de: Emilio La Parra: *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Tusquets Editores, Barcelona, 2018, 745 páginas

Dieciséis años después de la aparición de su magnífica biografía de Manuel Godoy (*Manuel Godoy: La aventura del poder*, Tusquets Editores, Barcelona, 2002), ve la luz este *Fernando VII. Un rey deseado y detestado* por el que Emilio La Parra ha conseguido el XXX Premio Comillas de Historias, Biografías y Memorias. No era fácil después del amplio reconocimiento que obtuvo su *Godoy* publicar una biografía de un personaje como Fernando VII que estuviera a la altura de aquella obra. De ahí los largos años invertidos en su realización, que se añaden a los muchos ya dedicados al estudio de aquella época, en la que La Parra es consumado especialista. Los numerosos archivos consultados, dentro y fuera de España, y la abundancia de fuentes inéditas y desconocidas utilizadas en el libro son el resultado de ese empeño en afrontar con todas las garantías un objetivo nada sencillo: narrar la vida pública y privada de uno de los personajes más mitificados y detestados de la historia contemporánea de España, y de paso contribuir a un mejor conocimiento de las grandes convulsiones políticas de aquella época.

Cabía el riesgo, bastante común en las biografías, de que el autor quisiera justificar su esfuerzo ofreciendo una visión del personaje contraria a la imagen, claramente negativa, fijada ya en su día por aquellos de sus contemporáneos que escribieron sobre él. No hay rehabilitación de Fernando VII, ni nada que se le parezca, porque el resultado es demoledor, a diferencia de los claroscuros que arrojaba la biografía de Godoy escrita por La Parra. Su nuevo libro tiene algo de continuación o secuela de esta última, con dos personajes que vuelven a desempeñar un papel protagonista, al menos hasta 1808: los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma. A ellos se añaden ahora las cuatro esposas de Fernando VII, de las cuales sorprende la valoración relativamente favorable que encontramos de la tercera de ellas, la reina María Josefa Amalia de Sajonia, mujer con cierto criterio y personalidad, que dejó escrita una curiosa reflexión sobre su esposo con la que La Parra encabeza el libro. Sin duda, la reina exagera sus virtudes, pero no deja de señalar algunos de sus principales defectos. El entorno inmediato de Fernando VII lo completan aquellos de sus hermanos con los que tuvo más relación, aunque fuera epistolar: Carlota Joaquina –una intrigante compulsiva, pero nada tonta– y Carlos María Isidro –un memo integral–. En ese círculo íntimo habría que incluir a la famosa camarilla, a cuyo origen e influencia dedica La Parra un puñado de páginas llenas de erudición y buen sentido histórico. Sugiere la existencia de una continuidad subterránea entre el núcleo conspirativo orquestado en los primeros años por Escoiquiz, calificado de “cortesano maniobrero y ambicioso”, y esa especie de gobierno en la sombra, de composición variopinta, del

que se fue rodeando a su vuelta a España en 1814. El principal hilo conductor entre ambos sería la propia personalidad del monarca, pues su carácter indeciso y taimado le obligaba a rodearse de consejeros que inspiraran sus acciones, ejecutaran sus planes o supieran interpretar sus ocultos designios. El primer grupo se dedicó sobre todo a conspirar contra Godoy y llegado el caso contra Carlos IV, buscando sin mucho éxito el apoyo de Napoleón, mientras que la famosa camarilla se encargó sobre todo de adular al monarca, hacerle más grata su vida privada y proporcionarle soluciones, a cuál más disparatada, para mantener a flote la Monarquía absoluta y el Imperio español en América, ardua tarea en la que Fernando y sus secuaces fracasaron con estrépito. Lo que el autor llama la “camarilla permanente” la formaron el duque de Alagón, Chamorro, Antonio Ugarte, Ramírez de Arellano, el general Eguía, el embajador ruso Tatischev y Lozano de Torres. Además tenía otros miembros ocasionales, entre ellos algún personaje, como el deán Ostolaza, que sirve de nexo entre el grupo de servidores que acompañó a Fernando a Valençay y la camarilla propiamente dicha, cuyos años de esplendor terminaron con el triunfo del liberalismo en 1820.

La comparación entre los dos libros de La Parra permite comprender el salto histórico que se produce entre 1808 y 1814, entre una etapa de gobierno absoluto y cortesano, aunque ya en franca descomposición, que terminaría con el levantamiento antifrancés, y otra de profunda inestabilidad social y política, en la que el voluntarismo fernandino se estrelló una y otra vez contra la cruda realidad. Mandaba el contexto revolucionario, tanto en Europa como en América, de forma que el empeño de Fernando, declarado en el decreto del 4 de mayo de 1814, en que las cosas volviesen a su estado anterior a 1808, como quitándolas “de en medio del tiempo”, sólo se explica por su incapacidad para entender el carácter irreversible de los cambios ocurridos en España durante su ausencia. Pero en una Monarquía absoluta, o que al menos pretendía serlo, cuenta mucho también la personalidad del rey, analizada con gran perspicacia por La Parra, que, como buen biógrafo, ejerce a menudo de psicoanalista de su personaje. Su idea del absolutismo comportaba un acusado regalismo, que casa mal a simple vista con su aversión a las ideas ilustradas y liberales, pero que en el fondo resulta coherente con sus aspiraciones a ejercer, como dice el autor, un poder ilimitado. Desconcierta, en cambio, el volumen y el contenido de su biblioteca, propia de un “humanista ilustrado”, con un importante fondo grecolatino y algunas obras señeras de la Ilustración, entre ellas varias de Rousseau, Mably y Voltaire. En su afición a los libros influía menos, sin embargo, su curiosidad intelectual que su gusto por las buenas encuadernaciones y su costumbre de entretenerse cortando los pliegos de las obras que llegaban a él intonsas. Era, por tanto, más un coleccionista que un lector compulsivo, aunque La Parra llama la atención también sobre los temas que parecen haber interesado especialmente a Fernando.

Esa meticulosidad morbosa y superficial que se aprecia en su trato con los libros estuvo muy presente en su particular manera de gobernar, atenta al detalle y a la nimiedad e indiferente a las cuestiones de fondo. La Parra destaca asimismo el interés que puso en cultivar su imagen entre sus súbditos y en cortejar a la opinión pública, aunque esta última se entendiera dentro de los estrechos límites del Antiguo Régimen. No le falta, pues, al personaje algún atisbo de modernidad –su regalismo, su biblioteca, un cierto regusto populista en su forma de cuidar su imagen pública–. El problema es que todo ello quedaba

subordinado a su objetivo supremo, que no era otro que la derrota del liberalismo y el triunfo del gobierno absoluto. Y a principios del siglo XIX ya no era posible nadar y guardar la ropa, como en tiempos del Despotismo ilustrado. El momento de las reformas había pasado para siempre.

Otros aspectos de su personalidad eran ya bien conocidos, pero aparecen descritos con especial fidelidad al original gracias en parte al manejo de fuentes autógrafas del propio rey, que incluyen cartas, crónicas de viajes, notas y acotaciones personales a escritos y documentos de diversa índole. Era patológicamente desconfiado y miedoso –“marrajo cobarde”, le llama su propia madre–, y estaba extraordinariamente dotado para la traición, a la que recurría con frecuencia como una forma de sublimar sus miedos, a veces infantiles, pero siempre presentes en sus grandes decisiones. Así, el pánico le hizo jurar la Constitución en 1820 y casi inmediatamente le llevó a conspirar contra ella. Durante los tres años siguientes guardó las apariencias –al menos hasta julio de 1822– respetando un cierto statu quo con el régimen constitucional, pero sólo para dar cobertura a sus maquinaciones, según la forma de actuar que le caracterizó ya en su confabulación contra Godoy. Desleal con los liberales, lo fue también con sus incondicionales cuando le convino salvar su real pellejo sacrificando a los suyos. En este sentido, el Proceso de El Escorial en 1807 fue como un compendio de sus inconmensurables defectos y un presagio de lo que se le venía encima a España en cuanto el entonces Príncipe de Asturias desbancara a su padre.

Su ausencia entre 1808 y 1814 cimentó el mito del Deseado, mientras él felicitaba a Napoleón por sus victorias, y su regreso a España empezó a socavarlo. Al acabar el Trienio liberal, el mito sufría ya daños irreparables, al menos entre los liberales y muy pronto también entre algunos absolutistas, que empezaron a ver en su hermano Carlos una posible alternativa a un monarca de intenciones poco claras. Se dirá que la restauración absolutista de 1823 demuestra la fuerza y la popularidad que Fernando conservaba entre los suyos. Sería una conclusión equivocada. Fue precisamente la debilidad del absolutismo autóctono lo que obligó a las potencias europeas a intervenir en España para abortar una experiencia revolucionaria que podía extenderse –lo estaba haciendo ya– por el resto del continente. Emilio La Parra, que sigue en esto a los autores más solventes, aporta nueva documentación para mostrar los complicados entresijos de la operación que culminó en el envío de los Cien Mil Hijos de San Luis a España, en parte por razones de política nacional francesa y venciendo alguna que otra resistencia en Europa. Esa intervención no dejaría de tener sus consecuencias, a modo de hipoteca política, para la actuación posterior de Fernando VII, restaurado de nuevo como rey absoluto, pero forzado a respetar ciertas líneas rojas, principalmente el no restablecimiento de la Inquisición.

Los últimos años de su reinado, correspondientes a lo que los liberales llamaron la Década Ominosa, estuvieron llenos de vaivenes y conspiraciones, tanto liberales como ultrabsolutistas. Estaba pendiente la cuestión sucesoria, resuelta muy al final con el nacimiento de la futura Isabel II, que obligó a la derogación semiclandestina de la Ley Sálica. Fue un episodio enormemente complejo, contado por La Parra con gran abundancia de datos y testimonios, que no entorpecen el relato, siempre ágil, inteligente y sugestivo, sino que lo hacen más vivo y creíble. Este es un rasgo esencial del libro que conviene destacar, entre otras cosas por ir contracorriente de las tendencias historiográficas que hoy

causan furor: la obra está admirablemente escrita, con un lenguaje que nunca pasará de moda y que tiene la capacidad de evocación necesaria para hacernos más próxima una realidad tan lejana. Esa mezcla de buen estilo historiográfico y amplia base documental permite que la biografía fluya con naturalidad a lo largo de un hilo conductor fácilmente reconocible: una vida que discurre por un marco histórico sumamente intrincado; un rey que se siente absoluto, en lucha contra todo tipo de imponderables.

Al final, la impresión que nos deja este recorrido por la vida de Fernando VII se parece mucho a la opinión plasmada por Chateaubriand en una carta de marzo de 1824 cuando le definió como el “cáncer político” que padecía España. Ya se ve que sus contemporáneos le conocían bien. En todo caso, sea por razones de espacio, sea porque las cosas están suficientemente claras cuando se produce la muerte del rey y el libro llega a su fin, el autor ha renunciado a incluir un capítulo de conclusiones o un epílogo que tal vez algún lector eche de menos. La cuestión es opinable. No lo es, en cambio, la alta calidad de la obra, que forma con la biografía de Godoy un díptico difícilmente superable sobre el final del Antiguo Régimen en España contado a través de dos de sus principales protagonistas. El Premio Nacional de Historia del año próximo tendrá sin duda en este *Fernando VII* a uno de sus más firmes candidatos.

Enviado el (Submission Date): 28/04/2018

Aceptado el (Acceptance Date): 2/05/2018